



De España

ACOTACIONES

Por J. B.

La Seguridad Social, otra hipotesis del régimen franquista

Los portavoces que el franquismo envía, a modo de agregados, para representar en las NN.UU., en la OIT y en el XIII Congreso Internacional de Seguridad Social, celebrado recientemente en Londres, creen pagar el portazgo de su ilegítima entrada inflando la góla para glorificar el incomparable e insuperable sistema español de Seguridad Social. Aparte de las burias que patronos, sindicatos y autoridades hacen a los escasos derechos que otorga al trabajador, el sistema peca de cuatro defectos fundamentales:

- El obrero asegurado carece de libertad para elegir el médico de cabecera y al especialista en caso de necesidad;
- El médico y el especialista carecen de libertad para recetar los remedios más adecuados al enfermo a causa de las limitaciones impuestas por los Seguros Sociales;
- Cuando la enfermedad o el accidente, la invalidez o el retiro dan origen a las prestaciones en dinero, los devengos son muy reducidos a causa del bajo nivel del salario base, que es por donde se calcula la prestación;
- Por último, los asegurados carecen de medios legales eficaces y rápidos para defenderse en caso de atropellos o errores.

Una prueba de la indefensión del asegurado la facilita la Federación Española de Mineros (clandestina) en comunicación remitida a la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores en el Exilio, denunciando el abuso

inconcebible, que tiene todas las apariencias de una práctica represiva, según el cual obreros mineros hace tiempo pensionados por silicosis se han visto obligados a ser sometidos a una revisión médica y declarados útiles para el trabajo.

Todo el mundo sabe que la silicosis es una enfermedad profesional incurable. Las cuencas mineras de todo el mundo están llenas de mineros silicóticos. Desgraciadamente, la silicosis no es solamente una enfermedad incurable; es causa también, con frecuencia, de la muerte prematura del que la padece. ¿Es que los médicos españoles lo ignoran? No. Lo que sucede es que el médico español, en general, padece la actitud amorosa que padece muchos profesionales liberales en España y se presta a ser cómplice de primer orden al declarar curado de silicosis a quien es imposible que la haya adquirido el milagro de la cura.

Semejante monstruosidad técnica y social sólo puede explicarse como una medida de represión contra el espíritu rebelde de los mineros. Se explica igualmente por la necesidad de acrecentar la producción carbonífera y escasear la mano de obra especializada. Escasea porque el mismo régimen, para castigar a los huelguistas de marzo del 57 y marzo del 58, decretó la incorporación a filas de los jóvenes mineros exentos del servicio militar por razón del oficio. Escasean los mineros porque se les encarcela y se les deporta a causa de las prestaciones vacantes, se obliga a los silicóticos a reanudar el trabajo en las minas. Los médicos no declaran silicótico a ningún minero como no eche los pul-

(Pasa a la segunda pág.)

Comentario

Del nivel del Caudillo

De todo eso que está pasando en los países árabes del Oriente Medio, lo que más nos impresiona no son los regicidios, las matanzas ni los desembarcos. Lo que verdaderamente nos sorprende es que para esas grandes conferencias y componendas internacionales que se preparan no se haga caso alguno del Caudillo, ni su famoso nombre suene para nada.

Y, sin embargo, todos sabemos, o creíamos saber, que, llegado el momento, el Caudillo sería el árbitro imprescindible entre el occidente y el mundo árabe; entre la cristiandad y el Islam. A conseguir que así fuera, había aplicado Su Excelencia todo su genio militar y político, recibiendo suntuosamente en Madrid a los soberanos y personajes mahometanos, cambiando con ellos regalos y retratos con dedicatoria, y enviándoles a sus lejanas tierras a tal o cual ministro para que lo retrataran montado en un camello.

Satisfechísimo se sentía el Caudillo con los resultados de su política sagaz, y no se recataba en anunciar ante el mundo como apoderado general de los países árabes. Cuando a la puerta de alguno de éstos llamase un gobernante occidental, una voz dominante le respondería desde dentro: «Para lo que quiera usted de mí, hable con el Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos, que vive en El Pardo.» Y allá irían a visitarlo y a pedir su mediación los representantes de las grandes potencias; y entonces él, desde su alta situación imperial al fin, impondría condiciones y recabaría el respeto que no se le tiene.

Así veía el Caudillo el porvenir. Y hay que reconocer que lo vio con su acostumbrada clarividencia. Lo que ocurre es que, después, el porvenir se presenta siempre muy diferente de como él lo ve, que es como debería ser. Así ocurre ahora que —¿quién lo dijera!— es Kruschef quien toma la iniciativa y hasta designa interlocutores para discutir sobre los asuntos árabes. Y no hay nadie que pida una silla para el Caudillo; nadie, ni siquiera ese Nasser que en otro tiempo, le envió aquella significativa cimitarra como prueba cortante de su amistad. Todos están convencidos de que no hay por qué contar con el Caudillo allí en donde están los Estados Unidos, que, con toda libertad e independencia, acaban de utilizar la base de Torrejón (U.S.A.) para su envío de fuerzas al Líbano.

Sólo el propio Caudillo, en unas amargas declaraciones a uno de sus periódicos, ha querido llamar la atención sobre su propia persona, esbozando un luminoso conocimiento del problema y manifestando que mejor hubieran salido las cosas si se le hubiera tenido en cuenta cuando el conflicto de Suez. Motivo debiera ser éste para que al entrar los grandes a la conferencia de alto nivel, lo supervenieran con un «pase primero Nuestra Excelencia». Pero ni siquiera pensarán en él, y una vez más allá en El Pardo, las grandes posibilidades del genio militar y político del Generalísimo se disolverán en los efluvios de los embellecidos encienas.

¿Qué hará el Caudillo? No estamos nosotros muy seguros de que se aguarde con el bajo nivel en que lo dejan, y hasta nos hemos estremecido leyendo —como muchos debieran hacerlo— aquellas extensas, imperiales y programáticas declaraciones que, ya a la vista de su victoria, hizo en el último día de 1938 a su periodista de cámara, don Manuel Aguir. Quienes las conocen sabrán la terrible actitud con que el Caudillo amenaza para el caso de que se prescindiera de él en las cuestiones que afectan al Mediterráneo. Antes de eso, cualquier cosa. «Sería necesario, de antemano, cambiar radicalmente nuestra situación geográfica y, por añadidura, degollar a toda la población de España.» Así, a toda Y, a continuación de tan degolladora perspectiva, el Caudillo agregó estas palabras que sin duda conservan su conminatoria vigencia: «Consideraré y consideraré perfectamente inútil todo lo que sobre el Mediterráneo se haga sin nosotros. Yo, como Jefe del Estado español y como Caudillo de mi pueblo, llamaría a los españoles y los pondría en pie.»

Veán, pues, esos señores del «alto nivel» a lo que se exponen tratando inútilmente sobre cosas del Mediterráneo sin contar con el Caudillo. Este, si cumple su palabra de generalísimo, elevará el nivel de los españoles poniéndolos en pie. Y una vez que los ponga en pie, ¡allá veremos lo que pasa!

Pericles GARCIA

(Pasa a la segunda pág.)

Cenetistas y republicanos

A confesion de parte...

Sobre la falta de fe y... Sobre el estar de más

DESDE su sillón presidencial y en sesión pública, el alcalde de Valencia ha declarado que Valencia está falta de fe y que «malo es que un pueblo pierda su fe». Así se ha referido el alcalde a la supuesta fe en ese régimen que, por designación arbitraria y sin base popular, lo ha colocado a él en la magistratura que ocupa.

Podrá el autor de esas manifestaciones no tener una autoridad que darles; pero les ha dado en cambio un gran valor sintomático pronunciándolas como concesión a unas circunstancias que lo presionaban y pretendiendo cubrirse con ellas tomando hasta cierto punto el color del ambiente.

Pugna ese ambiente por exteriorizar su disgusto. Por eso, el Ateneo Mercantil de aquella ciudad, careciendo de libertad para censurar con palabras propias, ha empleado el recurso de divulgar las del alcalde, multiplicando su discurso y haciéndolo llegar a todos sus numerosos socios y aun más allá de ellos, puesto que también nosotros lo hemos recibido.

Viene este asunto de cuando, en el pasado año, el Caudillo dió por terminada la serie de banquetes y de suntuosas recepciones con que lo obsequieron y adularon largamente sus clientelas de Barcelona, y se decidió a visitar Valencia que, muchos días ya, padecía el luto y la desolación por aquellas terribles inundaciones que despertaron en el mundo un amplio movimiento de solidaridad en favor de las víctimas.

Fueron entonces sus clientelas de Valencia quienes lo recibieron con los acostumbrados honores de vencedor. Años atrás y en ocasión tristemente análoga, el alcalde de un importante pueblo de la provincia de Alicante lo había recibido con estas palabras dignas de figurar en una antología del servilismo: «Bendita inundación que nos ha traído a Franco.» No se le dijo ya tanto en Valencia, pero fué él quien prometió solemnemente hacer resurgir a esta ciudad, no sólo más segura contra las inundaciones, sino también más próspera y más bella, convirtiéndola así en circunstancia venturosa aquella catástrofe, de la cual prohibió publicar las culpas y el enorme número de los muertos.

Esta promesa del Caudillo no venía, sin embargo, presentando mayores caracteres de efectividad que aquellas otras del Imperio, del pan y del hogar con lumbre para todos los españoles. De ahí ese ahogado sentimiento de protesta que ha aprovechado la ocasión de manifestarse ruidosamente en la tribuna pública del Ayuntamiento de Valencia cuando el alcalde, al día siguiente de otra impresionante aunque menos dañosa inundación, se ha referido a la falta de agilidad del Gobierno para atender a lo urgente y necesario. Bien es verdad que el alcalde ha pretendido borrar aquella actitud con otra más reciente de respetuosa sumisión al Caudillo, después de que éste ha reiterado su promesa —pues promesa sigue siendo— por un acuerdo de su Consejo de Ministros.

Pero ahí quedan escritas las palabras del alcalde ante ese cada vez menos contenido sentimiento de hostilidad que no es el decaimiento de una fe, sino el señalamiento de las incapacidades, de las mentiras y de los fraudes imputables a los asaltantes del Poder. Eso que el alcalde ve como la pérdida de una supuesta fe que nunca se ha tenido en ese régimen, no es sino señal de la recuperación de la auténtica fe del pueblo en sí mismo, a medida que las conciencias libres, a través del terror policíaco, se buscan y se encuentran, establecen una honda simpatía, se unen en un mismo amor por la justicia y la dignidad humana, y en un mismo aborrecimiento por la corrupción y por el crimen.

Ese amenazador sentimiento de hostilidad es el que, preocupando a los hombres del régimen, ha hecho exclamar al alcalde de Valencia refiriéndose a la necesidad de un mejor cumplimiento por parte del Gobierno: «Yo confío en que así sea; si no, los que aquí regimos estamos de más, empezando por mí.»

Bien se ve que la idea de estar de más se va haciendo luz en ciertas conciencias. Pero el alcalde de Valencia es poco para encabezar a los que están de más. El primero y universalmente representativo de ellos es sin duda nada el Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos, falso promotor de felicidades y efectivo realizador de desventuras.

Antonio Machado, Marañón y "Paracelso"

Por Martin Bonet

Las declaraciones que Marañón hizo recientemente en un periódico de «Excelesior» de Méjico no han sido del gusto del equipo franquista. «Arriba» del 25-6-58 dedica al ilustre profesor un artículo que brilla más por la acidez que por la doctrina pedagógica en el sostenido. El autor del avinagrado artículo, no atreviéndose a firmarlo con su propio nombre, utiliza el seudónimo de «Paracelso». No sabemos si es por él mismo, o encierra la intención de calificar a Marañón de médico charlatán, que tal fué la fama que tuvo, no obstante las buenas cualidades que de galeno tenía, este famoso médico suizo del siglo XV.

En el artículo se habla de pedagogía, de «la forma suprema de la pedagogía», la reiteración.

En pedagogía, como en otras ciencias y artes, todo ser pensante puede tener un criterio. Eso sucede en Marañón y en este «Paracelso» reencarnado. Para nosotros, la forma suprema de la pedagogía es el despertamiento de la intuición por el interés mental o vocacional. La reiteración nos recuerda la escuela verbalista. Pero ya se ve que no ocupa a

(Pasa a la segunda pág.)

LODRÍA considerarse desdichoso gesto mío el de que, al examinar las reacciones producidas en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo por mis recientes artículos dedicados a examinar el futuro de España, me limitara a resumir y comentar la acogida que les dispensó una de las dos fracciones en que, por desgracia, está dividida dicha Confederación y callase los juicios de la otra rama, constituida por afiliados a quienes sus correligionarios denominan despectivamente «colaboracionistas» por mantener aquella colaboración que unos y otros iniciaron al formar parte del Gobierno republicano cuando estalló nuestra guerra civil. Limitada así mi glosa, habría quienes la tomasen a desdén y quienes me acusaran de maquiavismo, por ceñirme a recoger disonancias tenidas de agravio, prescindiendo de anotar aseveraciones, expuestas de modo condicional pero alentadoramente.

Ignoro cuál de ambas fracciones es la más numerosa y, por lo tanto, no puedo medir el volumen del asentimiento que hayan encontrado en el conjunto de la antigua Confederación Nacional del Trabajo mis sugerencias para que se vincule con la Unión General de Trabajadores a fin de, aunando esfuerzos, llegar a ser guías del sindicalismo español, y a decir verdad, tampoco sé exactamente hasta qué punto se avendría la UGT a enlazarse con la CNT.

La mano tendida... La conformidad fundamental de los cenetistas colaboracionistas no me ha causado extrañeza. Resulta naturalísima, tanto más cuanto que en diversas ocasiones ya han defendido. Nuevo testimonio de esta defensa lo encuentro en un editorial de «España Libre», periódico editado en Toulouse como órgano de la CNT conciliadora. Data su publicación del 15 de junio último y termina diciendo: «Unánimemente hoy para no tenerlo que hacer allí donde la lucha deja de ser para convertirse en fosa común. Las palabras de los compañeros socialistas son una llama»

«Esto es la CNT y en esto radica su fuerza. La acción directa, que abarca desde el entendimiento directo con los patronos, hasta con las empresas del Estado, sin regateos arbitrarios, no admite el atentado personal como se atreve a declarar don Indalecio Prieto precisamente en los momentos inoportunos en que se busca una alianza con la UGT, tan urgente como necesaria a la vista de reconquistar la libertad para España, donde los católicos y los comunistas pretenden, los primeros para plataforma del Partido Social Cristiano y los

segundo para su Partido, crear organismos obreros, cuya fuerza podría ser inocua si las dos centrales sindicales de solera moral se entienden y apoyan mutuamente, deponiendo las armas de las luchas entre sí, muchas veces injuriosas, de antaño.»

«En la CNT y la UGT, por ser organismos representativos del trabajo, aunque con perfiles bien diferenciados en orden a las ideas que sus fundadores les metieron en el alma, los problemas económicos y hasta la finalidad política social son los mismos. Los dos son susceptibles de evolución por exigencia de los tiempos, y ambas pueden y deben entenderse sin coacción por parte de nadie, a virtud de su soberanía. Franqueza por franqueza, yo opongo la mía a la del compañero —perteneciente a la UGT— Indalecio Prieto. Propugnar una alianza, si ahora no es posible la fusión, con la idea de que las dos alas sindicales sirvan, en lo político, al Partido Socialista, no es querer la alianza. Pretenderla dorando el pensamiento con que el futuro español es de los sindicatos si se alían y luchan de consumo obedeciendo a sugerencias del Partido, es no quererla. La alianza, para que sea fructífera, ha de ser a base de un entendimiento directo entre los organismos para lo económico y para la lucha por la superación moral y para mejor atender la vida de la clase trabajadora, sin intromisión de nadie.»

«La evolución política que se observa en bastantes militantes de la CNT no es una evolución hacia el «encuadramiento en ningún partido político ni mucho menos querer hacer de la Confederación Nacional del Trabajo una organización meramente política.» El compañero J. Gallego Crespo entiende que procede revisar la acción directa en forma que se amplie para intervenir en las utilidades empresarias, fiscalizar toda la economía, ordenar la enseñanza, obtener una reforma

caudal de 123 litros por metro cuadrado y hora... Pero si llega a estar sin limpiar el alcantarillado, la catástrofe hubiera sido enorme. Prueba de la eficacia de la limpieza está en que, cuando cesó de llover, Valencia desaguó, incluso en aquellas zonas que preocupan y que eran las más afectadas por la experiencia anterior... «Por qué no pudo hacer también el Estado una cosa ágil, como nosotros, para atender lo que era tan urgente y necesario? (Los Concejales y el público asistente, puesto en pie, interrumpieron al Sr. Alcalde con una calorosa y prolongada ovación.)

Valencia, pues, necesita que el Decreto de Adopción tenga la más absoluta eficacia, o sea, la agilidad indispensable. Porque esto no tiene demora... Y en cuanto al río, auténtica pesadilla, Valencia tiene derecho a vivir tranquila; lo exige; y cuyo dragado se ha empezado con demora, bien que ahora ya va a un ritmo bastante eficaz, es preciso que, mientras se resuelve el problema total, quede ese cauce, por lo menos, dando la tranquilidad que Valencia necesita para vivir. Yo confío que esto se produzca y sepan también los Sres. Concejales (creo que todos están impuestos en ello) que en esta obra el Ayuntamiento participa en un veinticinco por ciento de su coste. Valencia, pues, como digo, tiene derecho a vivir tranquila. Valencia, que es preocupada en los medios oficiales por su aportación económica al acervo común español, tiene también derecho, en su desgracia, a ser atendida debidamente. (Nuevamente puestos en pie los Sres. Concejales y el público asistente, tributaron al Sr. Alcalde una calorosa ovación que duró varios minutos.)

Y confío en que así sea; si no, los que aquí regimos, estamos de más, empezando por mí. (Otra calorosísima ovación interrumpió al Sr. Alcalde.)

«Cuál ha sido el resultado de estos trabajos? Ciertamente el agua caída en el día de ayer rebasa todo cálculo. Se ha registrado en cifras un

hablái, yo, a título de sinceridad y con alguna crudeza, pero con el debido respeto, tuve que decir que si el Decreto de Adopción no venía con una consignación específica para Valencia, ésta podría tomarse casi a burla. Y es que Valencia tenía y tiene la experiencia de sí misma. Ahí está ese padecido Distrito Marítimo, cuya adopción data de muchos años y cuya situación del alcantarillado es verdaderamente catastrófica. Por consiguiente, yo insistí en que se dotara específicamente.

Se dotó en el papel con unos trescientos millones; posteriormente, en reunión del Consejo de Ministros, se asignaron para el presente año cien millones. Pero no ha llegado, todavía, ni un céntimo. Si algo se ha hecho, ha sido gracias a un valor administrativo de la Dirección General de Arquitectura y a una buena voluntad de una porción de contratistas que trabajan y siguen trabajando sin haber cobrado nada. Para ellos yo expreso un agradecimiento especial en nombre de Valencia.

Ante esta situación prevista y que, desgraciadamente, ha convertido en realidad, el Ayuntamiento tuvo una pre-ocupación de primer plano que fué el alcantarillado, que quedó totalmente obstruido por el barro. Esto era gravísimo. Y, entonces, el Ayuntamiento, captando perfectamente el problema, tuvo la valentía de, fuera de toda norma administrativa, sin concursos, sin subastas, ¡sin proyectos!, emprender la limpieza del alcantarillado por un sistema puramente de administración; de la mejor forma posible, pero con esa agilidad que exigía la gravedad del caso. Esto está prácticamente terminado. Pero esto no ha remediado el Distrito Marítimo en cuanto al alcantarillado.

«Cuál ha sido el resultado de estos trabajos? Ciertamente el agua caída en el día de ayer rebasa todo cálculo. Se ha registrado en cifras un

Nos envían de Valencia

Un discurso significativo

El Ateneo Mercantil de Valencia, como en un rebrote de su antigua solera liberal, y no pudiendo censurar por sí mismo, ha multiplicado y distribuido con intención propósito un discurso del alcalde de aquella ciudad, que comentamos en otro lugar y que reproducimos a continuación. Sólo hemos suprimido en él unos pasajes meramente descriptivos que no afectan al interés político que ofrece ese texto que tanto evidencia la abierta amplitud que toman las públicas censuras al Gobierno del Caudillo.

Valencia, 20 junio 1958
Señor Socio: Nos complace remitir a Vd. el texto del trascendental discurso pronunciado por el Excm. Sr. Alcalde de Valencia y Presidente de Honor de esta Entidad, ante el Pleno del Concejo Municipal el día 19 de junio de 1958. Atentamente le saluda, La Junta Directiva.

Texto del discurso
Señores Concejales:

La nueva desgracia que ha caído sobre Valencia, coincidiendo prácticamente con este Pleno Municipal, hace que yo considere como insoportable el hablar de este tema; siendo indudablemente la primera parte del Orden del Día. Valencia está todavía sangrando de la catástrofe de octubre. Y, después de estos cobardes de desgracia, está atemorizada y está falta de fe. En cuanto al temor, Valencia es valiente y soporta los reveses de su fortuna admirablemente. En cuanto a la falta de fe, completamente justificada... y malo es que un pueblo pierda su fe.

Yo siento como una desgracia especialísima el que en su día pude ser profeta de lo que se ha convertido, desgraciadamente, en realidad. Cuando recibí por el Ayuntamiento, con todos los Concejales y algunas personas más, al Excm. Sr. Ministro Delegado en Valencia, D. Pedro Gual Vi-

«En la CNT y la UGT, por ser organismos representativos del trabajo, aunque con perfiles bien diferenciados en orden a las ideas que sus fundadores les metieron en el alma, los problemas económicos y hasta la finalidad política social son los mismos. Los dos son susceptibles de evolución por exigencia de los tiempos, y ambas pueden y deben entenderse sin coacción por parte de nadie, a virtud de su soberanía. Franqueza por franqueza, yo opongo la mía a la del compañero —perteneciente a la UGT— Indalecio Prieto. Propugnar una alianza, si ahora no es posible la fusión, con la idea de que las dos alas sindicales sirvan, en lo político, al Partido Socialista, no es querer la alianza. Pretenderla dorando el pensamiento con que el futuro español es de los sindicatos si se alían y luchan de consumo obedeciendo a sugerencias del Partido, es no quererla. La alianza, para que sea fructífera, ha de ser a base de un entendimiento directo entre los organismos para lo económico y para la lucha por la superación moral y para mejor atender la vida de la clase trabajadora, sin intromisión de nadie.»

«La evolución política que se observa en bastantes militantes de la CNT no es una evolución hacia el «encuadramiento en ningún partido político ni mucho menos querer hacer de la Confederación Nacional del Trabajo una organización meramente política.» El compañero J. Gallego Crespo entiende que procede revisar la acción directa en forma que se amplie para intervenir en las utilidades empresarias, fiscalizar toda la economía, ordenar la enseñanza, obtener una reforma

caudal de 123 litros por metro cuadrado y hora... Pero si llega a estar sin limpiar el alcantarillado, la catástrofe hubiera sido enorme. Prueba de la eficacia de la limpieza está en que, cuando cesó de llover, Valencia desaguó, incluso en aquellas zonas que preocupan y que eran las más afectadas por la experiencia anterior... «Por qué no pudo hacer también el Estado una cosa ágil, como nosotros, para atender lo que era tan urgente y necesario? (Los Concejales y el público asistente, puesto en pie, interrumpieron al Sr. Alcalde con una calorosa y prolongada ovación.)

Valencia, pues, necesita que el Decreto de Adopción tenga la más absoluta eficacia, o sea, la agilidad indispensable. Porque esto no tiene demora... Y en cuanto al río, auténtica pesadilla, Valencia tiene derecho a vivir tranquila; lo exige; y cuyo dragado se ha empezado con demora, bien que ahora ya va a un ritmo bastante eficaz, es preciso que, mientras se resuelve el problema total, quede ese cauce, por lo menos, dando la tranquilidad que Valencia necesita para vivir. Yo confío que esto se produzca y sepan también los Sres. Concejales (creo que todos están impuestos en ello) que en esta obra el Ayuntamiento participa en un veinticinco por ciento de su coste. Valencia, pues, como digo, tiene derecho a vivir tranquila. Valencia, que es preocupada en los medios oficiales por su aportación económica al acervo común español, tiene también derecho, en su desgracia, a ser atendida debidamente. (Nuevamente puestos en pie los Sres. Concejales y el público asistente, tributaron al Sr. Alcalde una calorosa ovación que duró varios minutos.)

Y confío en que así sea; si no, los que aquí regimos, estamos de más, empezando por mí. (Otra calorosísima ovación interrumpió al Sr. Alcalde.)

«Cuál ha sido el resultado de estos trabajos? Ciertamente el agua caída en el día de ayer rebasa todo cálculo. Se ha registrado en cifras un

hablái, yo, a título de sinceridad y con alguna crudeza, pero con el debido respeto, tuve que decir que si el Decreto de Adopción no venía con una consignación específica para Valencia, ésta podría tomarse casi a burla. Y es que Valencia tenía y tiene la experiencia de sí misma. Ahí está ese padecido Distrito Marítimo, cuya adopción data de muchos años y cuya situación del alcantarillado es verdaderamente catastrófica. Por consiguiente, yo insistí en que se dotara específicamente.

Se dotó en el papel con unos trescientos millones; posteriormente, en reunión del Consejo de Ministros, se asignaron para el presente año cien millones. Pero no ha llegado, todavía, ni un céntimo. Si algo se ha hecho, ha sido gracias a un valor administrativo de la Dirección General de Arquitectura y a una buena voluntad de una porción de contratistas que trabajan y siguen trabajando sin haber cobrado nada. Para ellos yo expreso un agradecimiento especial en nombre de Valencia.

Ante esta situación prevista y que, desgraciadamente, ha convertido en realidad, el Ayuntamiento tuvo una pre-ocupación de primer plano que fué el alcantarillado, que quedó totalmente obstruido por el barro. Esto era gravísimo. Y, entonces, el Ayuntamiento, captando perfectamente el problema, tuvo la valentía de, fuera de toda norma administrativa, sin concursos, sin subastas, ¡sin proyectos!, emprender la limpieza del alcantarillado por un sistema puramente de administración; de la mejor forma posible, pero con esa agilidad que exigía la gravedad del caso. Esto está prácticamente terminado. Pero esto no ha remediado el Distrito Marítimo en cuanto al alcantarillado.

«Cuál ha sido el resultado de estos trabajos? Ciertamente el agua caída en el día de ayer rebasa todo cálculo. Se ha registrado en cifras un

hablái, yo, a título de sinceridad y con alguna crudeza, pero con el debido respeto, tuve que decir que si el Decreto de Adopción no venía con una consignación específica para Valencia, ésta podría tomarse casi a burla. Y es que Valencia tenía y tiene la experiencia de sí misma. Ahí está ese padecido Distrito Marítimo, cuya adopción data de muchos años y cuya situación del alcantarillado es verdaderamente catastrófica. Por consiguiente, yo insistí en que se dotara específicamente.

Se dotó en el papel con unos trescientos millones; posteriormente, en reunión del Consejo de Ministros, se asignaron para el presente año cien millones. Pero no ha llegado, todavía, ni un céntimo. Si algo se ha hecho, ha sido gracias a un valor administrativo de la Dirección General de Arquitectura y a una buena voluntad de una porción de contratistas que trabajan y siguen trabajando sin haber cobrado nada. Para ellos yo expreso un agradecimiento especial en nombre de Valencia.

Ante esta situación prevista y que, desgraciadamente, ha convertido en realidad, el Ayuntamiento tuvo una pre-ocupación de primer plano que fué el alcantarillado, que quedó totalmente obstruido por el barro. Esto era gravísimo. Y, entonces, el Ayuntamiento, captando perfectamente el problema, tuvo la valentía de, fuera de toda norma administrativa, sin concursos, sin subastas, ¡sin proyectos!, emprender la limpieza del alcantarillado por un sistema puramente de administración; de la mejor forma posible, pero con esa agilidad que exigía la gravedad del caso. Esto está prácticamente terminado. Pero esto no ha remediado el Distrito Marítimo en cuanto al alcantarillado.

«Cuál ha sido el resultado de estos trabajos? Ciertamente el agua caída en el día de ayer rebasa todo cálculo. Se ha registrado en cifras un

hablái, yo, a título de sinceridad y con alguna crudeza, pero con el debido respeto, tuve que decir que si el Decreto de Adopción no venía con una consignación específica para Valencia, ésta podría tomarse casi a burla. Y es que Valencia tenía y tiene la experiencia de sí misma. Ahí está ese padecido Distrito Marítimo, cuya adopción data de muchos años y cuya situación del alcantarillado es verdaderamente catastrófica. Por consiguiente, yo insistí en que se dotara específicamente.

Se dotó en el papel con unos trescientos millones; posteriormente, en reunión del Consejo de Ministros, se asignaron para el presente año cien millones. Pero no ha llegado, todavía, ni un céntimo. Si algo se ha hecho, ha sido gracias a un valor administrativo de la Dirección General de Arquitectura y a una buena voluntad de una porción de contratistas que trabajan y siguen trabajando sin haber cobrado nada. Para ellos yo expreso un agradecimiento especial en nombre de Valencia.

«Cuál ha sido el resultado de estos trabajos? Ciertamente el agua caída en el día de ayer rebasa todo cálculo. Se ha registrado en cifras un

ANTE EL CONGRESO

Tribuna libre

Reflexiones del momento

La carta que en julio de 1951 envió don Juan a Franco, contiene un párrafo que conviene destacar, porque expresa claramente la actitud de algunos grupos monárquicos y en general burgueses en relación al Partido Socialista y al papel que quisieran que jugara este último en una futura democracia española.

«El partido de la clase obrera», para no ser el caso; que la mayoría de la clase obrera a lo que aspira es a conseguir una mejora rápida en su nivel de vida, sin preocuparse ni poco ni mucho por otras cuestiones.

Supongamos, en el caso; que la mayoría de la clase obrera a lo que aspira es a conseguir una mejora rápida en su nivel de vida, sin preocuparse ni poco ni mucho por otras cuestiones.

La burguesía española sabe que ha mantenido sus privilegios solamente con la fuerza de las armas y se da cuenta de la inestabilidad que encierra, por su propia naturaleza, un sistema basado pura y exclusivamente en una persona.

La política del Partido tiene que depender, a pesar de todo, de las circunstancias concretas dentro de las cuales tenga que actuar. No hay que confundir, sin embargo, la adaptación a las circunstancias imperantes con el oportunismo, en el que caeremos si dejamos que los acontecimientos nos alejen de una línea de conducta socialista.

Con estos últimos, es obvio que el Partido no puede mantener ningún tipo de colaboración ni se la van a pedir, por otro lado. Quedan los grupos burgueses democráticos, cuyos objetivos están claramente expresados en el párrafo que encabeza este artículo.

La política más adecuada depende siempre de los objetivos que se quiera alcanzar y de las fuerzas con que haya que enfrentarse. En el momento presente, el único objetivo debe ser acabar con Franco.

Para obligar al Partido a la colaboración, los partidos burgueses jugarán con dos lemas: «el peligro comunista» y «la lucha por la democracia».

A partir de ese momento, la misión del Partido es acabar con el sistema capitalista. La colaboración o la participación en la responsabilidad del poder al lado de los partidos burgueses, que antes estaba plenamente justificada, no lo estaría ya si no es bajo unas nuevas condiciones.

Por su lado, el partido comunista tratará de aprovechar la lucha entre burguesía y proletariado para evitar el desarrollo normal de la democracia. Con ello prestará un buen servicio a la burguesía, al igual que ha ocurrido en Europa Occidental desde 1920.

Alguien puede objetar que de seguirse esa conducta el Partido empezaría, él mismo, dando pruebas de intransigencia cuando debiera ser el más interesado en salvaguardar la democracia. Aunque aceptemos que el objetivo último del Partido es la abolición de todas las clases sociales, a corto plazo hay que atenderse a la realidad y cooperar con los partidos burgueses.

¿Cuáles serían las consecuencias de una política de colaboración que no cumpliera unas condiciones mínimas, como reforma agraria, nacionalización de la banca y reforma fiscal?

Gran parte de la clase obrera no limita sus reivindicaciones a una mejora de los salarios, de los seguros sociales o a cualquier medida de este tipo. Por el contrario, desea acabar con la explotación y no disminuir la solamente; no votará por un partido que a sus ojos colabora con los mismos que la explotan, sino que dará sus votos a los que le ofrezcan construir una nueva sociedad antes del fin de los siglos.

canismo capitalista, que en resumen consiste en reducir, en un primer momento, el nivel de vida de la clase obrera para dedicar una parte mayor de la producción a la inversión. Estos bienes de inversión pueden conseguirse también dedicando parte de la mano de obra, que hoy está dedicada a fabricar bienes de consumo para la burguesía, a las industrias de bienes de inversión.

Resumiendo: la colaboración, sin un mínimo de concesiones importantes, con los partidos burgueses, alejaría al Partido al sector revolucionario sin conseguir satisfacer las demandas de mejoras inmediatas. Las concesiones mínimas deberían ser de dos órdenes:

AGRUPACION SOCIALISTA UNIVERSITARIA

Madrid. El verdadero carño, la amistad, si se quiere, no consiste en seguir ciegamente al amigo en todo lo que él hace; pero sí en prevenirle, en gritarle, si es preciso, cuando se ve comprometido en un camino sin salida que podrá, a la larga, revolverse contra él...

Marchemos por el buen camino

UNA vez más y siguiendo el camino emprendido para dar a España la libertad necesaria para que recobre su rango de nación moderna y se incorpore, por derecho propio, al concierto de las naciones libres para que los españoles sientan, en fin, el gran placer de saludar la promesa de la democracia recuperada, nuestro Partido va a tener su VII Congreso.

Los que seguimos paso a paso el despertar de esa juventud que no acepta el actual estado de cosas, vemos con íntimo gozo cómo el pueblo da su aprobación al despertar de las nuevas generaciones. Venimos el caminar juvenil, con paso firme, seguro, hacia la libre determinación de su destino. Han aprendido los jóvenes que la libertad y la democracia son la condición necesaria esencial para el enaheñamiento de la fuerza del derecho, y no el derecho de la fuerza como hasta ahora impera para negar todo derecho a la existencia de los demás.

De dentro y de fuera de España se han de seguir con gran interés los debates de nuestro importante congreso. Con gran interés se seguirá el desarrollo de nuestras discusiones y con gran alegría se verá que cualquier solución no es propia de hombres que tienen conciencia política; eso sería una lamentable equivocación; hay que buscar la solución que a todos nos daría satisfacción.

El Congreso anterior, primero, el Comité Director, después, han marcado una pauta que se ve está dando resultados. Habrá discusiones sobre algunos puntos, que duda cabe. Pero sobre otros, todos

«La Asociación Británica de Esperanto celebró en abril último un Congreso jubilar en la ciudad de Edimburgo, capital de Escocia. Durante las tareas, fueron presentadas dos conferencias de singular valor: «Qué es el color», de T. Fraser, y «Antología Inglesa» (trozos escogidos de literatura inglesa traducidos al Esperanto), de W. Auld. En el curso de un «sarao escocés» se pudo admirar una presentación de danzas folclóricas y escuchar muy bellas canciones populares. En las sesiones de trabajo, se hizo labor intensa y eficaz.

Ni Franco, ni el comunismo ni la guerra civil

ASO más manoseado que el nuestro ha dado pocos la historia universal. Se ha hablado y se habla del problema español desde el 18 de julio de 1936, y a pesar de los trágicos amargos por los que ha pasado y está pasando el mundo, el caso español, el problema de la liquidación de esa pública y vulgar dictadura franquista no ha perdido actualidad pero tampoco ha hallado solución.

Evasivas y pretextos no han faltado nunca, ni tampoco los argumentos para colocar ese largo e insoluble problema en un callejón sin salida, expuesto siempre a ser propaganda de los que unas veces ven las cosas de un color y otras de otro, según se acoplen al interés de quienes hoy mandan, hacen y deshacen en el mundo. No tenemos más que ver lo útil que es para Rusia la supervivencia del franquismo.

El pueblo español no tendría necesidad de romperse la cabeza buscando una solución apropiada caso de que la desdichada dictadura hubiera llegado a su fin forzada por la presión de las democracias o por otros imponderables que pueden hacer acto de presencia el día menos pensado. Lo que no es cierto es eso de Franco o el comunismo; o Franco o la guerra civil. Hay otras salidas y otras soluciones: la de una República republicana, o de republicanos y socialistas; o de socialistas y conservadores liberales, o de demócratas en conjunción con otros sin color ni sabor.

Las democracias tienen otra táctica que choca con mayor precisión y efecto en los cerebros inocuos de quienes viven con el temor a los disturbios pegado en los calcaños. Ellas dicen que la solución del caso español no es tan fácil ni tan sencilla porque no hay más que dos alternativas: o Franco o la guerra civil; o Franco o el comunismo.

Esas alternativas son las que nos esforzamos en desmentir, oyéndonos como al que se lo fueran diciendo, y que nuestro pueblo el garbanero negro de Europa, Caudillero de esas soluciones apuntadas pueden ser factibles.

De refilón

Ni Franco, ni el comunismo ni la guerra civil

bles en España, evidenciando que eso del comunismo o Franco es una gaita destemplada.

La guerra, o el horror a una nueva guerra civil o a una segunda vuelta, tan violenta y apasionada como la pasada, no entra en los cálculos de nadie. Habría que estar loco, o ser la emigración una fuerza desprovista de sentido común, o España entera una comunidad de salvajes empeñados en poner al país al alcance de cualquier nación apaciguadora y hasta civilizadora, como las que en estos tiempos abundan para desgracia de pueblos que han dicho adiós a su independencia. Puede desaparecer el dictador y darse España el régimen que libremente quiera, que no vendrán a perturbar sus días nuevos violentos y sangrientos disturbios producidos por quienes no hayan logrado triunfar en la consulta o en lo que sea. España necesita del esfuerzo de todos los españoles para dejar de ser lo que es hoy: un pueblo hambriento y arruinado, un pueblo desesperado y desamparado.

Alternativas son esas, las de Franco o el comunismo o la guerra civil, que no convienen a nadie. Han transcurrido muchos años y ellos han sido una experiencia para los de fuera y para los de dentro. Si se quiere dejar a España todavía bajo el narcótico francoalajano, déjese enhorramala, pero cambien de sonsonete candongo los papanatas que quieren hacer comulgar a los demás con ruedas de molino. Ahora, en estos tiempos, digan lo que quieran es igual. Los españoles de allí, la juventud de dentro, han comprendido, y, entre ellos y la situación ruinosa de una economía que hace aguas por los cuatro costados, van a decirle a Franco y a quienes le apoyan y sostienen, que una vez que el pueblo español se decide a escoger, ni Franco, ni el comunismo ni la guerra civil entra en el cálculo de posibilidades presentes. Una vez, en nuestra historia, el 14 de abril de 1931, dimos un ejemplo de sensatez ciudadana. Mañana, cuando sea, volveremos a repetir la lección. Vamos a darle tiempo al tiempo para que sea eso lo que quieren los linchones de la democracia occidental.

Por otro lado está la solución de una monarquía al estilo inglés, o al estilo de los pueblos del Norte de Europa, o al estilo de la que hubo ya en España, constitucional y de partidos. Está la otra solución, la de un Gobierno sin signo institucional, puente que puede servir para que la voluntad nacional se exprese como mejor le venga en gana. Todas esas y algunas más son soluciones que desmenten las alternativas hechas de quienes, por comodidad e interés, de nuestro pueblo el garbanero negro de Europa, Caudillero de esas soluciones apuntadas pueden ser factibles.

Acotaciones

(Viene de la primera pag.) mones por la boca; es menester que se miera para que la junta de médicos, encargada del examen de los presuntos atacados de sílisis, reconozca su error. Así ha sucedido con un minero de Bimenes—cuencia minera asturiana— que, después de ser declarado útil para el trabajo por la junta de médicos, falleció dos días después a consecuencia de la sílisis.

La hipocresía del régimen y su maldad son irrefutables. Sin embargo, todavía hay papanatas que se resisten a creerlo. Juggan el régimen por los sanatorios y ambulitorios que los enseñan, incluso cuando el visitante no muestra deseo alguno de verlos. Para encubrir la maldad hay que recurrir a la hipocresía. Lo que se enseña al visitante, por ser poco y teatral, evidencia la maldad y la falsía.

La circulación fiduciaria

El balance del Banco de España al 31 de mayo acusa un ligero aumento de la circulación fiduciaria: 65,2 millones, colocándose en 64.698.846,322 pesetas el total. Es de notar que en los balances de años anteriores, por el mes de mayo, lejos de aumentar, disminuía la circulación. Por lo que se refiere a los tres últimos años, en el mes de mayo las disminuciones fueron como sigue:

Table with 2 columns: Date and Amount. 31 mayo 1955 .. 204 millones, 31 mayo 1956 .. 194, 31 mayo 1957 .. 17

Las predilecciones del Caudillo

El ministro de Trabajo, a su paso por Collanzo (Asturias), durante la segunda quincena de junio, dijo a los mineros: «El Caudillo tiene una verdadera predilección por los mineros de Asturias». ¡No se necesitaba el testimonio del señor Sanz Orrio para tener pleno conocimiento de las predilecciones del Caudillo! En la Cárcel Modelo de Oviedo hay una treintena de huelguistas, en el manicomio de la Cadellada hay dos locos y en el hospital de Oviedo dos interridos por grave intento de suicidio. Esos dos locos, huelguistas de marzo, han ganado el nirvana de la locura a fuerza de predilección caudillesca. Los dos suicidas, también huelguistas, han intentado dar fin a sus existencias a fuerza de la felicidad que les procura el Caudillo mediante la eficaz delegación que ha otorgado a la policía para procurarla.

Luis de la MIRANDILLA

queda plenamente confirmado por personas autorizadas. Nada tengo, pues, que rebatir a quienes en Méjico me apotrofaron. Les rebatan las más altas autoridades de su agrupación decretando el «charakiri» colectivo.

Me asaltan dudas respecto al resultado de añascar las menudencias resueltas —nos sin valor— de los otros partidos republicanos, y temo que de nada sirva la creación del Movimiento Republicano Progresista por ser un simple cambio de etiqueta.

La anulacion organica del republicanismo acrece las responsabilidades del Partido Socialista Obrero Español. Este, que nunca fué un partido circunstancial y que existe dentro y fuera de España, ha de asumir las funciones de otros partidos democráticos que dentro murieron ya y que fuera están expirando, de todo lo cual no deja dudas lo arriba transcrito. A confesion de parte, relevacion de prueba.

P. S. O. E.

Se convoca a todos los afiliados de esta Sección a asamblea para el domingo 3 de agosto a las nueve de la mañana en el local de costumbre.

Debe ser comprensible para todos los compañeros que la citada gestión, concerniente a tres años, tiene que merecer la atención suficiente para que todos hagamos acto de presencia en la asamblea, única forma de que nuestra Sección pueda emitir un juicio, si puede ser unánime, ante el Congreso. — Por el Comité. Ulpiano Alonso.

DECAZVILLE

Se convoca a todos los afiliados de esta Sección a asamblea general extraordinaria que se celebrará el domingo 3 de agosto a las nueve y media de la mañana en primera convocatoria y a las diez en segunda, en nuestro domicilio social, Place de Cazes. Orden del día: Examen y discusión de la Memoria al VII Congreso del Partido y nombramiento de delegado si ha lugar. Se ruega a todos puntual asistencia. — El Comité.

MARSELLA

El sábado 2 de agosto, a las 7 de la tarde, asambleas extraordinarias para examinar la Memoria de gestión de la C.E. del PSOE y designación de los delegados que han de participar en las tareas del VII Congreso nacional en el Exilio.

MARSELLA

El domingo, a las 7.30 en punto, excursión a Verages-Place. (Isntes). Quedan algunas plazas disponibles que es conveniente retirar lo antes posible, por ser numerosas y limitadas. Precio del viaje: 400 francos. Salida como de costumbre de detrás de la Place de la Bourse. — El Comité.

A confesion de parte...

(Viene de la primera pag.)

«¿Que le dije para suscitar tal enojo? En resumen, lo siguiente: que sus agrupaciones nacionales no cuentan dentro de España, por el problema de organización; que en el extranjero, Izquierda Republicana, la más numerosa, dispone de algunas secciones muy dispersas y poco nutridas; que en cuanto a los otros partidos su inexistencia en el interior de España mucho más que en el exilio — si no sabemos reaccionar y ver claro el camino a emprender... Creemos de nuestro deber hablar claro, exponiendo la realidad tal como la vemos, sin ambigüedades ni eufemismos, y aun con crudeza. Izquierda Republicana no existe en el interior ni tiene perspectivas de existencia... En el período de euforia de 1944-46, cuando se creía inminente la caída de la dictadura franquista, hubo una incipiente actividad de Izquierda Republicana, reducida a corto número de correligionarios, actividad, por lo demás, bien limitada y que no trascendió de hecho, fuera de la órbita de ese puñado de republicanos, no obstante lo cual costó a alguno dura condena a largos años de presidio que aún purga. Después, esa actividad ha ido apagándose hasta anularse, prácticamente por completo.»

Luego, refiriéndose a los movimientos de oposición dentro de España, «reducidos aún a núcleos minoritarios, en especial en los medios universitarios y obreros de las grandes ciudades y de las regiones más industriales», ponen de relieve el siguiente hecho: «Significativo e inequívoco: En todos esos movimientos de oposición, en sus actividades, contactos, alianzas, pugnas, negociaciones y forcejeos, la ausencia de los republicanos es total. Y es que si, de una gran parte, los viejos militantes no se muestran, de otra, estamos radicalmente cortados de la juventud... Añádase que el espectáculo de la política en el mundo, y singularmente en Europa, no les estimula (a los jóvenes) a reanudar los viejos partidos republicanos liberales que ellos consideran anacrónicos e ineficaces para resolver los honrosos problemas y realizar las serias transformaciones económico-sociales que España, a su juicio, necesita. Es incluso frecuente que la cuestión de régimen les aparezca como secundaria, y como única esencial la del establecimiento, con Monarquía o con Repúbli-

ca, de un orden democrático capaz de acometer las reformas de estructura a que aludimos. Pero aun los que, más avisados, comprenden que sólo la República puede abrir esas posibilidades, huyen de resucitar los antiguos rótulos y reivindican una nueva República, la III República.»

Al caer de defunción acompañada, cual se ve, un detallado diagnóstico de la enfermedad que causa la muerte. Quiénes extienden aquella acta y certifican este diagnóstico dicen: «En uno de los partidos republicanos más circunstanciales —es decir, ligados a una circunstancia histórica— de cuantos han existido en la vida del republicanismo español, pues se creó, efectivamente, con vistas a una situación política determinada, la de la España del bienio negro. Esto es la evidencia misma y trasluce lo mismo en el proceso y aspectos de su gestación que en su ideario. Basta hojearlo para percibirse hasta qué punto su contenido es anticuado y sin adecuación a las realidades del presente.»

Sostuve yo que las agrupaciones repunitarias giraron siempre en torno de personalidades más que en derredor de programas, y así lo reconocen los señores Maldonado y Reinares al decir de Izquierda Republicana, aludiendo al señor Azaña: «Apareció vinculada a un hombre prestigioso que encarnaba en ese momento las aspiraciones de los republicanos de izquierda y gozaba de la máxima popularidad política en nuestro campo. Todo eso es verdad, es verdad y aún glorioso, pero históricamente es episódico. El momento ha pasado y el hombre ya no existe. Si viviera, no es seguro que fuera el hombre de la circunstancia presente... Todos los síntomas y testimonios, como todas las experiencias que permiten percibir el clima actual de la sociedad española, y son abundantes y constantes, llevan inevitablemente a la conclusión de que Izquierda Republicana, como los demás partidos republicanos de la II República, no son instrumentos adecuados para ejercer una influencia eficaz en la opinión del país ni para interesar a las nuevas generaciones. Y en primer término de esos testimonios, están los de los hombres de nuestro Partido que han vivido la España de la postguerra.»

dos representaron en el pasado de la sociedad española, y siguen representando hoy en el exilio, se anemice (sic) y languidezca, y que nuestro Partido, como los demás afines, queda irremediablemente en una fuerza política a extinguir.»

«En ese trance estamos ya —añaden los signatarios— y cuando decimos esto lo hacemos pensando en el interior de España mucho más que en el exilio — si no sabemos reaccionar y ver claro el camino a emprender... Creemos de nuestro deber hablar claro, exponiendo la realidad tal como la vemos, sin ambigüedades ni eufemismos, y aun con crudeza. Izquierda Republicana no existe en el interior ni tiene perspectivas de existencia... En el período de euforia de 1944-46, cuando se creía inminente la caída de la dictadura franquista, hubo una incipiente actividad de Izquierda Republicana, reducida a corto número de correligionarios, actividad, por lo demás, bien limitada y que no trascendió de hecho, fuera de la órbita de ese puñado de republicanos, no obstante lo cual costó a alguno dura condena a largos años de presidio que aún purga. Después, esa actividad ha ido apagándose hasta anularse, prácticamente por completo.»

Luego, refiriéndose a los movimientos de oposición dentro de España, «reducidos aún a núcleos minoritarios, en especial en los medios universitarios y obreros de las grandes ciudades y de las regiones más industriales», ponen de relieve el siguiente hecho: «Significativo e inequívoco: En todos esos movimientos de oposición, en sus actividades, contactos, alianzas, pugnas, negociaciones y forcejeos, la ausencia de los republicanos es total. Y es que si, de una gran parte, los viejos militantes no se muestran, de otra, estamos radicalmente cortados de la juventud... Añádase que el espectáculo de la política en el mundo, y singularmente en Europa, no les estimula (a los jóvenes) a reanudar los viejos partidos republicanos liberales que ellos consideran anacrónicos e ineficaces para resolver los honrosos problemas y realizar las serias transformaciones económico-sociales que España, a su juicio, necesita. Es incluso frecuente que la cuestión de régimen les aparezca como secundaria, y como única esencial la del establecimiento, con Monarquía o con Repúbli-

Antonio Machado, Marañón y 'Paracelso'

(Viene de la primera pag.) chado mediante el hermoso pareado:

«La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido.» «Paracelso» no se queda corto en citas a expensas de Machado. Dice: «Gracias a Dios la primavera ha venido, traída en canchones de paz. Y esa primavera es el hoy de hoy, no un mañana distinto.» Y remacha el clavo con otro pareado de Machado:

«Más el doctor no sabía que hoy es siempre todavía.»

Expuesto queda cómo y por qué aparecen asociados Machado, Marañón y 'Paracelso'. Sentimos mucho que Machado y Marañón tengan que aparecer en incongruente compañía con un Paracelso tan de mentirijillas. Pero nos alegramos de que recuerden a Marañón la buena pedagogía del régimen. ¿Qué es eso de meterse en declaraciones a periodistas extranjeros? Ni siquiera a los nacionales han de hacerse en ese tono de liberalismo empuinado y con pretensiones de señero. Hay prerrogativas de indole divina que sólo un ser providencial puede utilizar porque los seres providenciales son delegados de la divinidad. El Caudillo puede hacer declaraciones al señor Groussard de «Le Figaro». Pueden hacerlas los subdelegados divinos tales como Castiella, Ullastres o cualquier otro jerarca más o menos importante, pues por ellos están infusos en la atmósfera divina que aureola al Caudillo; pero en ello no deben incurrir los Paracelso por muy ilustres y liberales que sean, aunque su nombre lo guarde con amoroso cuidado la posteridad.

El 27 de julio actual se inaugurará en Viena, capital de Austria, un monumento en honor del doctor Zamenhof, creador de la lengua auxiliar Esperanto. Ha aceptado el alto patronazgo de la ceremonia inaugural el candelier de la República, señor Julius Raab.

Lo que fué la fementida « cruzada » y lo que será su liquidación

(Continuación)

17 de julio de 1936. Batallones de legionarios de Marruecos se presentan en las ciudades del Protectorado y ocupan puestos de mando, oficinas de telégrafos, cuarteles y aeródromos. En Ceuta y Melilla, principalmente, asesina a los primeros trabajadores. El general Franco, capitán general de Canarias, toma el avión en Tenerife; aterrizado, disfrazado de moro, en Marruecos, e inmediatamente lanza su proclama, en la que afirma a los cuatro vientos que el Ejército ha decidido restablecer el orden en España, que él ha sido colocado a la cabeza de tal movimiento y que llama al sentimiento republicano de todos los españoles que estén dispuestos a trabajar por el restablecimiento de España. Declara el estado de guerra, suspende el derecho de huelga y manda fusilar, para abrir boca, a unos 3.000 hombres, entre obreros y oficiales que se niegan a asociarse al «Movimiento salvador».

El Gobierno beligerante ordena al general rebelde que se someta a la ley. No hay respuesta. En la noche del 18, un avión vuela sobre las guarniciones rebeldes y deja caer bombas en el cuartel general de Franco, en Tetuán y sobre el aeródromo de Larache. Ya está aquí la contestación del «disciplinado republicano» que, por telegrama, dice al presidente del Consejo:

«Ahora que he asumido mis nuevas responsabilidades, protesto energicamente contra el hecho inconfundible de que el Gobierno haya ordenado a sus pilotos atacar a la población civil, poniendo así en peligro la seguridad de mujeres y niños inocentes. El movimiento salvador de España no tardará en triunfar y yo os pediré entonces cuentas de este acto. Las represalias que tomaremos serán proporcionales a la resistencia que se nos ofrezca. Pedimos inmediato cese de las medidas que quiera tomar y que no tienen otra consecuencia que derramar inutilmente la sangre de la patria. Firmado: Francisco Franco.»

El señor Casares Quiroga comenta así, en nota a la prensa, el telegrama: «El Gobierno declara que el movimiento se ha limitado a ciertas zonas del Protectorado y que nadie, absolutamente nadie, en la Península, se ha adherido a empresa tan absurda. Más tarde: «Gracias a las medidas de previsión tomadas por el Gobierno, puede decirse que un vasto movimiento antirrepublicano ha abortado. La acción del Gobierno será suficiente para restablecer la normalidad.» Horas más tarde el Gobierno confiesa que se ha producido un acto de agresión en Sevilla.»

Para «defender el orden republicano», todos los generales, con honrosas pero pocas excepciones, se pronuncian: Queipo, en Sevilla; Mola, en Navarra; Fanjul, en Madrid; Godeu, en Baleares y Cataluña; Cabanellas, en Zaragoza, etc.

La CNT y la UGT lanzan la orden de huelga general. El Gobierno beligerante no quiere armar a los obreros; considera, sin duda, que si sus flaquezas atraen consecuencias desagradables para los sublevados y sus secuaces, será la guerra civil. Pero ¿de quién la culpa? De los mismos

rebeldes, pues si no se hubieran levantado contra la República, el pueblo no se hubiera visto en la obligación de combatirlos.

Dimitido aquella misma noche Casares Quiroga, don Die-

Por Claridades

go Martínez Barrio formó un Gobierno e intentó ponerse en relación telefónica con el general Mola para ofrecerle una cartería y garantías a condición de que la rebelión cesara. A tal propuesta no se respondió y para suceder al Gobierno «relámpago» se formó otro presidido por el señor Giral y en el que, una vez más, la clase trabajadora no estaba representada.

Como ninguno de dichos Gobiernos beligerantes quiso armar a la clase obrera, ésta, en lucha heroica, primero sin armas—con piedras y paños y algunas escopetas de caza recuperadas en los asaltos a los cuarteles, venció el pronunciamiento y salvó la República en las grandes regiones industriales: valenciana, catalana, asturiana, vascongada y Castilla la Nueva. Las grandes regiones agrícolas quedaron en poder de los generales perjurios: Castilla la Vieja, mesetas de Santander, León, Galicia, Andalucía y Navarra.

En Cataluña se formó un Comité de Milicias (cinco miembros de la CNT, tres de la UGT, cuatro de Esquerra y otros grupos republicanos, uno del P. O. U. M., uno de los Rabasaires y uno del PSUC—organizado a base del partido comunista y grupos socialistas catalanes—). En Valencia se crea un Consejo Popular, cuando el Comité Catalán. En Barcelona se funda el Consejo Económico. Estos embriones de organismos revolucionarios dirigen las columnas de voluntarios que marchan sobre Zaragoza y forman el núcleo de un ejército obrero; establecen un esquema de justicia revolucionaria; decretan la socialización de todas las industrias que emplean más de cien asalariados, dirigidas por Comités de Control o de Empresa, elegidos por los trabajadores.

En cuanto a la tierra, pasa, de hecho, a manos de los que la trabajan. Las Cooperativas agrícolas, tradicionales en Cataluña, se desenvuelven hasta controlar toda la economía agraria del país. Los Bancos quedan sometidos a control. En el resto de España, el ejemplo de Cataluña se sigue rápidamente en la zona leal. La reforma agraria se realiza, en su base, en una semana. Lo que hace falta es organizar. Todos están dispuestos a ello, hasta los anarquistas, que lanzan esta consigna curiosa: «Organicemos la indisciplina.»

En pocos días se ha hecho la reforma del Estado: una gran parte de altos funcionarios han huido o se han unido a los rebeldes. La diplomacia y el cuerpo consular están en masa al lado de los generales. De manera rápida nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica y Romana ha sido divorciada de nuestro padre el Estado. Los obispos y sacerdotes cuya actividad política antirrepublicana es conocida, son perseguidos espontáneamente en los pri-

meros días, a pesar de los esfuerzos del Gobierno central por salvarlos, que, en muchos casos, se coronaron de éxito. Los conventos se transformaron en hospitales; los tesoros artísticos, el mismo pueblo los llevó a los Museos.

Durante un mes, el pueblo ejerce una represión. Después, funcionan los Tribunales Populares, cuyos jurados son representantes del Frente Popular (en el que han entrado la CNT y la FAI); son mucho más indulgentes. Los Consejos de Guerra, constituidos en forma absolutamente legal, condenan a muerte a los generales y Godeu, hecho prisionero en Barcelona; Fanjul, en Madrid; y otros militares rebeldes, también prisioneros. Todos son fusilados.

El pueblo sabe que tiene a sus puertas la guerra y piensa: «Una vez terminada la guerra, será posible edificar una sociedad diferente, sin terratenientes que lo explotan, sin generales que lo amenazan, sin obispos que lo embrutezcan, sin burocracia que lo desespera, sin centralismo que lo limita.»

Las Cortes, en una sola sesión, aprueban el Estatuto Vasco. Otro triunfo para nuestra causa que ahora es el combate ofensivo, la guerra popular, revolucionaria. «Los republicanos se rendirán sin combatir», dijo el general Fanjul. «El Movimiento salvador no tardará en triunfar», telegrafió Franco. «La falta de cultura política que durante siglos hemos impuesto al país—pensaban los ricos y los clérigos montaraces— lo adormecerá.» Fallaron cálculos y profecías. La España republicana, sola, se batía con héroes—era su mejor y casi única arma—durante casi tres años y toda la sangre de la patria derramada recae sobre los rebeldes.

El 4 de septiembre, el Gobierno Giral es sustituido por el de Largo Caballero, formado por socialistas, republicanos y comunistas. He aquí su primera declaración: «Este Gobierno ha sido formado por todos los grupos del Frente Popular y los que lo forman renuncian desde hoy a sus principios y tendencias particulares con la finalidad de permanecer unidos por una sola aspiración: defender a España en su lucha contra el fascismo.»

«Del otro lado de las barricadas, ya era, harina de otro costal. Había allí, además de los generales infieles, monárquicos alfonsinos, monárquicos carlistas, monárquicos de palo seco, señores feudales de harco y cuchillo, alto y bajo clero y falangistas, ideológica y militarmente preparados por Mussolini. Políticamente, aquello era una casa de locos. No había más solución que la de la camisa de fuerza. El Comité de la conjuración pensó solucionar el caos con el «hombre fuerte» apoyándose en Falange, ya que, desde los primeros momentos, y aun antes, habían recibido de Mussolini y de Hitler armas, material y consejeros y tal solución sería la manera de agradecerles el apoyo. El Movimiento salvador, tenía, pues, un aire fascista. Pero faltaba el jefe. Primo de Rivera estaba prisionero en Alicante, zona leal; Calvo Sotelo, asesinado; el general Sanjurjo, muerto el 20 de agosto en accidente de aviación cuando venía de Lisboa a Burgos, donde radicaba el Comité de Generales; Mola, por su estrecha ligazón con los carlistas era mal visto de Falange, y, por fin, el gallego terrateniente, tan republicano, tanto como Sanjurjo, que intrigaba como las sombras de las sacerdotisas, fué elegido, por los generales facciosos, jefe del Estado; así fué proclamado en Burgos el 1.º de octubre de 1936. Formó su primer Gobierno con representantes agrarios, industriales, catalanes de la Lliga, agentes financieros de los jesuitas y una legión de generales. Franco decreta la unidad de falangistas y requetés carlistas, y a ese «partido único», del que él mismo se proclama «jefe», lo bautiza «Falange Española Tradicionalista y de las JONS». El Estado totalitario estaba en marcha, a trancas y barrancas, en un lago de sangre española, entre luchas de competencia entre italianos y alemanes, agrarios e industriales, militares y falangistas. Entonces, «el hombre fuerte» impone, además de la sumisión política, el terror organizado y la unidad de mando. Franco declara al correspondiente del «Daily Telegraph»: «Pienso organizar a España según los modelos alemán e italiano, conservando sus características nacionales.» Empezó el terror organizado por el Estado. fascista. Primera embestida: 30.000 muertos en Zaragoza, 8.000 en Valladolid, 3.000 en el Ferrol, etc. Algún día se sabrá el horror que esas cifras representan, pues tal sistema represivo se ha empleado—y aún se emplea hoy—desde hace 21 años.

(Concluído)

Problemas de la vejez

Los ancianos son ahora mucho más numerosos que antaño, y la esperanza de vida ha aumentado considerablemente.

El hecho de que un número mayor de personas alcance una edad avanzada no es sino un «retorno a la naturaleza». El hombre es, en efecto, el mamífero que vive normalmente más tiempo, y es la muerte precoz lo que no es natural.

La proporción de los viejos en los países europeos se indica en las cifras que van a continuación, las cuales muestran el porcentaje de personas de sesenta años y más:

Mónaco, 22,9 por 100; Francia, 17; Inglaterra y País de Gales, 15,9; Austria, 15,6; Bélgica, 15,6; Alemania oriental, 15; Suecia, 14,9; Irlanda, 14,8; Esocia, 14,4; Luxemburgo, 14,1; Suiza, 14; Irlanda del Norte, 13,8; Noruega, 13,8; Alemania occidental, 13,8; Dinamarca, 13,4; Lichtenstein, 11,6; Checoslovaquia, 11,5; Islandia, 10,8; Países Bajos, 10,7; Portugal, 10,5; Finlandia, 10,1; Grecia, 10,1; Yugoslavia, 8,9; Rumania, 8,2; Turquía, 6.

¿A qué edad un hombre es viejo?

A juzgar por las edades del retiro, o de la admisión al beneficio de la pensión o de otras prestaciones de ancianidad, la respuesta a esa pregunta varía de un país a otro: cincuenta y cinco años en Argentina; sesenta en Francia y Nueva Zelanda; sesenta y cinco en Australia, Bélgica, Dinamarca, Estados Unidos, Finlandia, Gran Bretaña, Suiza y Checoslovaquia; sesenta y siete en Suecia; setenta en Canadá, Irlanda y Noruega.

Para las mujeres, la edad del retiro es a menudo menos elevada que para los hombres: cincuenta y cinco en Argentina, y sesenta en Australia, Bélgica, Dinamarca y Gran Bretaña.

En ciertos países, la edad del retiro varía según el género del empleo: en Bélgica, Francia y Rusia, las personas que efectúan determinados trabajos particularmente duros toman su retiro más pronto.

El médico debe consagrar más tiempo al enfermo anciano que al enfermo joven o de edad madura.

Las cifras siguientes (sacadas de un estudio realizado en Gran Bretaña por R. E. Walsh) indican que para un grupo de enfermos numerosos, el promedio de consultas por año es: de menos de catorce años, una media de 3,58; de catorce a sesenta y seis años, una media de 3,69; de sesenta años y más, una media de 5,34 consultas anuales.

Con medidas de sanidad pública se puede ayudar considerablemente—y se ayuda en efecto— a los viejos para que su existencia no se convierta en una carga para ellos mismos, para sus familias y para la sociedad. Con vistas a estudiar esas medidas, la Organización Mundial de la Salud ha formado un grupo de once especialistas que están celebrando reuniones en Oslo del 28 de julio al 2 de agosto.

Congreso de la Unión internacional universitaria socialista y democrática

En Lieja (Bélgica) se celebra estos días, del 28 de julio al 2 de agosto, un Congreso de la Unión Internacional Universitaria Socialista y Democrática.

El programa contiene principalmente los siguientes puntos:

El 27 de julio, recepción por la Federación de Lieja del Partido Socialista belga, y cena fraternal; el 28 por la mañana, solemne sesión inaugurada bajo la presidencia del alcalde socialista de Lieja, Gruselin; alocución del presidente del Comité organizador; presentación de la primera ponencia, «El mundo del futuro», por el compañero Delrez, de Lieja; por la tarde, presentación del segundo informe, «La enseñanza en el mundo moderno», por el compañero De Coster; discusión de los dos textos presentados.

El 29, presentación de la tercera ponencia, «Los métodos y las estructuras nuevas», por el compañero Leloux, de Tournai; discusión sobre este texto; por la tarde, trabajo en el seno de tres Comisiones.

El 30, toda la jornada trabajos en Comisión.

El 31, visita a la Exposición Universal de Bruselas. El 1 de agosto, presentación de las conclusiones de las Comisiones; asamblea general estatutaria, renovación del Comité internacional, delegaciones, etc.; reunión fraternal con merienda ofrecida por el Colegio de alcaldes y síndicos en la Casa Consistorial de Lieja.

El 2, últimos trabajos y solemne clausura del Congreso.

Recuerdos del tiempo joven

(Viene de la cuarta pág.)

unos, removiendo odios contra los revolucionarios cubanos; en los federales de Pi y en nosotros, los socialistas, predisponiéndonos cada vez más a favor de aquellos hermanos que sufrían en las Antillas como nosotros sufríamos en la misma España. Esos documentos nos hicieron ver definitivamente claro los horrores coloniales, los anhelos de emancipación de los cubanos, y nos llevaron más tarde a federales y socialistas a oponernos a la guerra de Cuba, a la marcha de Weyler para aquilatar la isla y a pedir que se resolviera de una vez el grave problema antillano. Claro que no nos estrellamos contra el ambiente, y Pi y yo fuimos tildados de antipatriotas, nuestros periódicos fueron secuestrados varias veces, a pesar de que Pi había sido Presidente de la República y yo presté mis servicios a esa orden eran inmensos. Lo mismo fuimos deseados cuando la guerra con los Estados Unidos y se achacó a miedo lo que era justicia y sano juicio. Pero después de 1898, ya habrías podido observar que de una manera o de otra se nos ha venido dando razón.

Otro héroe popular—esta vez, español, incluso, obligado a pelear contra los cubanos—fué Eloy Gonzalo, el héroe de Cascorro, cuya estatua, obra de Marinas, se alza en la Ribera de Curtidores, frente a la casa donde vivió Lucio por vez primera en Madrid y donde falleció su padre. Eloy Gonzalo, voluntario para incendiar un reducido enemigo desde donde los españoles sufrían mortífero fuego, exigió le ataran con una soga para que su cadáver pudiera ser rescatado, como lo fué, cayendo en la acción de Matanzas el 17 de junio de 1897.

[Cuántas veces, en mi juventud, habré oído referir en plazas y plazuelas del viejo Madrid, la hazaña inverosímil de aquel pobre incluído cuya efigie iría a perpetuarse en el propio corazón del distrito donde, sin apellido propio, fué criado a expensas de la Beneficencia.]

Madrid honró al modesto hijo del pueblo, recibiendo su cadáver, con todos los honores, perdida ya la guerra, el 28 de diciembre de 1898, juntamente con los de otros dos héroes: Santiciles, caído en Peralaje el 13 de julio de 1895, y Vara de Rey, muerto en 1.º de julio de 1898. En cambio, no pudo rendir honores semejantes a ningún general...

En la bahía de La Habana, el 16 de febrero de 1898 estaban las calderas del «Maine», buque de guerra norteamericano. No le eran precisos a los Estados Unidos pretextos de ninguna clase para ayudar a los nacionalistas cubanos; pero la voladura del «Maine» sirvió admirablemente los designios imperiales de los yanquis. El señor Cisneros Aparicio, en su libro «España bajo la dinastía de los Borbones», da la siguiente versión acerca de tan trágico acontecimiento:

«El 5 de enero de 1896, «El Reconcentrado», periódico sin solvencia moral, publicó una nota de sociedad despidiendo despectivamente a varios oficiales que volvían a España. El sueldo indigno a la guarnición. Hubo asalto de la imprenta; maltrato de un visitante, a quien el engaño del director hizo tomar por tal, salvándose así el responsable del agravio. Esos trastornos fueron motivo de que los Estados Unidos ensesasen a La Habana al crucero «Maine» para proteger a sus ciudadanos. España mandó el «Vizcaya» al puerto de Nueva York. En la noche del 15 al 16 de febrero sonó una tremenda explosión en el «Maine». [Fué el accidente obra de la maldad o de una causa fortuita? El Gobierno de los Estados Unidos creyó lo primero. Los españoles de Cuba atribuyeron el desastre a descuido de los tripulantes o a explosión espontánea. El pensamiento del Gobierno español no debió sentir radicalmente del yanqui, pues al componer el conde de Romanones, bajo la dictadura primerverista, la declaración de guerra de España contra los yanquis, lanzó «España bajo la dinastía de los Borbones», da la siguiente versión acerca de tan trágico acontecimiento:

«Una escuadra tripulada por gentes advenedizas, sin instrucción ni disciplina, se dispone a venir a este archipiélago con el descabellado propósito de arrebataros cuanto significa vida, honor y libertad. Preténdese inspirar a los marinos norteamericanos el coraje de que son incapaces, encomendándoles, como realizable empresa, la de sustituir con el protestantismo la religión católica que profesáis, trataros como tribus salvajes a la civilización, apoderarse de vuestras riquezas como si os fueris desconocido el derecho de propiedad, arrebataros, en fin, las personas que consideren útiles para tripular los barcos o ser explotados en faenas agrícolas o trabajos industriales...»

«Vuestra indomable bravura basta a impedir que osen intentar siquiera realizarlos. No consentiréis, no, que se esparza la fe que profesáis, ni que plantas impías hollen el templo del Dios verdadero, ni que las santas imágenes que adoráis; no profanarán los opresores las tumbas de vuestros padres; no satisfarán sus impúdicas pasiones a costa del honor de vuestras esposas e hijas; no os arrebatarán los bienes que vuestra virtud acumuló para asegurar vuestra vida...»

«Se concibe mayor cúmulo de insensateces? El historiador que reproduce esta proclama lo hace en términos severos contra su autor, cuya conducta, cuando llegó el momento del cumplimiento del deber, fué muy diferente del que se le atribuye. Siempre sear. Pero sería injusto acumular cieno sobre cuantos pelearon en las colonias. El 1.º

ofrecer a los Estados Unidos la ocasión que buscaban para intervenir, y de granjear al mismo tiempo algunos dólares. Un día presenté al cónsul Lee para decirle que la voladura del «Maine» fué obra de una venganza de los españoles; sabía cómo se efectuó el atentado, quien era el autor del atentado—La relación del suceso la llevaba por escrito. El general Lee pagó el servicio de Arnaut, y el propio cónsul puso a disposición de Hearts, propietario del «New York Journal», el periódico más extremo del «jingoismo», las cuartillas y la fotografía. Tal fué la sensacionalista información del «Journal», que suscitó la irrefrenable protesta contra España del pueblo yanqui. Con aquellos mentirosos datos se forjaron los millones de tarjetas «Remember» (Acordados del «Maine») que acabaron de soliviantar al público: el «Maine» en la bahía de La Habana; la mecha de pólvora que desde el barco iba a la orilla, y en ésta, sosteniendo el cabo que había que quemar, el asturiano, reproducido del retrato que compró Lee. En vano buscaron al del cuento: era una creación de Arnaut. Intuitivamente buscaron el original de la fotografía: era ésta una de las muchas que Arnaut guardaba en el archivo de «El Reconcentrado».

La voladura del «Maine», en efecto, fué la mecha que encendió la hoguera. «Los mismos republicanos—escribe el señor Albornoz—contribuyen a fomentar la patriotía que debía conducirnos a la catástrofe. Castelar, con la mejor buena fe, pero con lamentable falta de sentido, como el españolismo exaltado que era su musa, con aquel orgullo histórico de que no pudo desprenderse ni aun en medio de las mayores desdichas nacionales, colaboraba a la obra de Cánovas y daba pábulo a la demencia colectiva.»

Parlamentarios y periodistas estaban contagiados del mismo mal: a la guerra había que contestar con la guerra. Algunos republicanos y Maura y Moret que habían patrocinado fórmulas autonómicas amodorradas. Hubieran sido arrollados, como lo fueron en los escasos momentos en que lucidamente intentaron abordar el problema antillano.

«La Isla será de España—o perecerá la nación», gritaban los grupos que en plazas y calles entonaban cánticos patrióticos.

Hubo, pues, guerra con los Estados Unidos. El Gobierno de Sagasta tuvo que afrontar aquella tragedia. [Con qué elementos? La historia ha juzgado ya al régimen que llevó a España a la ruina. Pero no estaré de más recordar textos irrefutables para que las nuevas generaciones formen juicio propio. He aquí parte de la proclama que con fecha 23 de abril de 1898, día de la declaración de guerra de España contra los yanquis, lanzó el capitán general de Filipinas, general Basilio Augustín y Dávila, desde Manila:]

«La lucha será brava y decisiva. El Dios de las victorias nos la concederá tan brillante y completa como demanda la razón y la justicia de nuestra causa. España, que cuenta con la simpatía de todas las naciones, saldrá triunfante de esta nueva prueba, humillando y haciendo enmudecer a los aventureros de aquellos Estados que, sin cohesión y sin historia, sólo ofrecen a la humanidad tradiciones vergonzosas y el espectáculo ingrato de unas Cámaras en que aparecen unidas la prociadad y la difamación, la cobardía y el cinismo.

«Una escuadra tripulada por gentes advenedizas, sin instrucción ni disciplina, se dispone a venir a este archipiélago con el descabellado propósito de arrebataros cuanto significa vida, honor y libertad. Preténdese inspirar a los marinos norteamericanos el coraje de que son incapaces, encomendándoles, como realizable empresa, la de sustituir con el protestantismo la religión católica que profesáis, trataros como tribus salvajes a la civilización, apoderarse de vuestras riquezas como si os fueris desconocido el derecho de propiedad, arrebataros, en fin, las personas que consideren útiles para tripular los barcos o ser explotados en faenas agrícolas o trabajos industriales...»

«Vuestra indomable bravura basta a impedir que osen intentar siquiera realizarlos. No consentiréis, no, que se esparza la fe que profesáis, ni que plantas impías hollen el templo del Dios verdadero, ni que las santas imágenes que adoráis; no profanarán los opresores las tumbas de vuestros padres; no satisfarán sus impúdicas pasiones a costa del honor de vuestras esposas e hijas; no os arrebatarán los bienes que vuestra virtud acumuló para asegurar vuestra vida...»

«Se concibe mayor cúmulo de insensateces? El historiador que reproduce esta proclama lo hace en términos severos contra su autor, cuya conducta, cuando llegó el momento del cumplimiento del deber, fué muy diferente del que se le atribuye. Siempre sear. Pero sería injusto acumular cieno sobre cuantos pelearon en las colonias. El 1.º

de mayo de 1898 fué hundida la escuadra de Montojo en Cavite, es decir, a los pocos días de haberse declarado el estado de guerra. Entretanto, quedaba embotellada en La Habana la escuadra del almirante Cervera, quien recibió orden del general Blanco de hacerse a la mar, desafiando el bloque de los norteamericanos. Cervera y sus hombres sabían que era un sacrificio sin recompensa, que la derrota era segura, pero obedecieron. Y la escuadra pereció sin haber causado pérdidas al enemigo, que entró en La Habana sin muertos ni heridos, como en un paseo militar. En 1914, don Federico Oliver, cultivó en el teatro con notable éxito los temas sociales, estrenó en el Teatro Español de Madrid «Los Semidioses», lamentando la falta de espacio no nos permitía reproducir varios trozos de tan interesante producción artística. No obstante, copiamos una escena de la citada obra, que por entonces obtuvo un triunfo resonante:

«Don Martínez, — Molinete, ¿tienes ahí «El Noticiero Sevillano»?

«Andrésito, — Tómelo usted, don Martínez.

Don Martínez, — Voy a ver qué es eso de la oreja que ha cortao Joselito.

Figaro, — De manera que usted se encontró en aquellos fregaos, y dígame usted, ¿cuántos barcos eráis ustedes?

Juan, — Seis.

Figaro, — ¿Y los del enemigo?

Juan, — Sesenta y tres.

Figaro, — ¿Y por qué salieron?

Juan, — Por disciplina.

Figaro, — ¿Y quién lo mandó?

Juan, — España.

Figaro, — ¿Y no hubo desertores?

Juan, — Ni uno siquiera; y eso que desde el almirante al último marinero sabíamos todos que la muerte nos aguardaba fuera de la boca del puerto. La noche de la salida de la escuadra es para mí el recuerdo de una vergüenza. Me presenté a la lista... borracho. El comandante del buque me vió, y llegando a mí me dijo en voz baja: «Al amanecer salimos al mar en busca del enemigo; veremos mañana si sabe usted horror la falta de hoy.» Quedé avergonzado, inmóvil, cuadrado militarmente, y a pesar de mi estado pude hacerme cargo del sublime acto de disciplina que la patria exigía de nosotros. Todavía escuché la voz del comandante: hablaba con los oficiales y les decía: «Salimos a la muerte, pero ¿qué menos que la vida se ha de dar por España?» Y estas palabras, «la vida por España», se agarraron a mi corazón.

Figaro, — ¿Y borró usted la falta?

«Es... Verás. Al día siguiente, cuando el «Vizcaya», rodeado de poderosos acorazados, estaba envuelto en imponente lluvia de acero; cuando ardía la cubierta y había ya montones de muertos y heridos; cuando las llamas llegaban hasta la misma bandera y el bravo comandante defendía su barco gritando: «La vida por España», una granada enemiga vino a caer sin estallar cerca de mí batería; el peligro era eminente para muchos; yo me lancé entonces sobre el proyectil, lo tomé con mis brazos, y buscando con la vista a mi jefe, le llame y le dije: «¡Mi comandante, ¡he borrado ya la falta de anoche!» Y arrojé la bomba al mar; pero en el aire estalló y un casco de metralla destruyó mi cráneo.

Figaro, — ¿Y qué día fué eso?

Juan, — El 3 de julio de 1898.

Andrésito, — Oiga usted, don Martínez, ¿no fué ese día cuando Miguel Báez, «El Litri», tomó la alternativa en la plaza de toros de Huelva?»

Don Martínez, — Si esta memoria mía no fuera un manto que barba las tablas y desparrama la vista, podría decirle qué día es que usted pregunta qué día es que se supo en Sevilla lo de Cavite; pero cierto que es la misma femerida en que Rafael Guerra, torreado de muleta en Algeciras un toro de Anastasio, negro, listón, bien puesto de pitones, lo consintió tanto con la izquierda.

Andrésito, — Eso pasó en Madrid, con un lloso hasta las tejas.

Don Martínez, — El día de Cavite?

Andrésito, — El de Santiago.

Molinete, — Me piro por estas cosas de toros. Siga usted, don Martínez.

Figaro, — Se me ocurre una cosa, pero no se la digo.

Juan, — Dila.

Figaro, — Que ese día eran seis toros en las plazas de España y en Santiago seis barcos.

Juan, — (Dando un gemido.) ¡Ay!...

Andrésito, — ¿Qué le pasa?

Figaro, — ¿Se pone malo?

Juan, — No es nada. Un vahido... Un dolor agudo... Pasando un poco se me quitará. Dejáme.

«Los Semidioses» son los toreros. España estaba más pendiente de las faenas de sus ídolos en los cosos taurinos que de los reveses de su ejército y de sus barcos en Cuba y Filipinas. Juan, el marinero del «Vizcaya», inválido de gue-

rra, maestro de escuela cesante, encarnaba la miseria y la incultura de los españoles. ¡Cuántos años duró el angustioso problema de que los repatriados de Cuba percibirían sus atrasos! ¡Casi el 50 por ciento de los soldados españoles, al ingresar en filas, eran analfabetos! Don Federico Oliver acertó plenamente a especificar la tragedia de una nación llevada al desastre por el régimen monárquico.

El clamor nacional contra el estado de criminal abandono en que regresaron a España los soldados derrotados en Cuba y Filipinas dio lugar a que el cardenal Cascajares, arzobispo de Valladolid, publicara a fines de 1898 una pastoral, censurada por el Gobierno, en la que figura el siguiente párrafo:

«Expediciones de enfermos y moribundos han venido a los puertos de la península en número tan considerable y en tan triste situación, que más que una guerra parecían venir de desiertos donde el hambre y la fatiga los hubiese aniquilado. Treinta y dos mil quedaban en los hospitales de Cuba, muriéndose de anemia, de fiebre y de tuberculosis. Si tantos millones como han salido del caudal de los contribuyentes españoles no sirvan para dar de comer a los valerosos defensores del honor nacional, ¿PARA QUÉ SIRVEN? El arzobispo lo sabía. Quizá acusaba al régimen sonando con una posible resurrección del carlismo, en cuyas filas militaba. Sirvieron para enriquecer a civiles y militares durante los años en que perduró el colonialismo, para fomentar el separatismo, hartos cubanos y filipinos de ser explotados por vividores de toda laya, de los que era encarnación el diario madrileño «La Correspondencia Militar», quien en junio de 1898 se oponía a la paz en los siguientes términos:

«El Ejército no puede pasar por humillaciones vergonzosas; el Ejército no puede tolerar que poltriquillos cobardes, mercachifles adinerados y tontos, sin conciencia de sus actos, le deshonren pidiendo la paz; por eso, el solicitador hoy está lo juzgamos como un crimen de lesa patria, e indicamos el procedimiento que debe seguirse para con los que pretenden, con una traición, hundir en el fango despreciable de la cobardía el buen nombre de la nación española.»

«Es... publica en junio de 1898, y el 16 de julio caía Santiago de Cuba; el 25, Puerto Rico, y el 12 de agosto, Manila. ¿Quiénes eran los responsables de que el buen nombre de la nación española hubiese caído en el fango? ¿Poltriquillos cobardes, o la reina regente, concertando con los norteamericanos la rendición de Cuba mediante el sacrificio de la escuadra? ¡Pobre Sagasta, en el caso de su vida, teniendo que aceptar la firma del tratado de París, como un ultimátum, el 10 de diciembre de 1898! ¡Hasta Puerto Rico tuvo que ceder España! Desastre tan horrible debiera haber sido el régimen; pero los republicanos estaban incluidos en la catástrofe, salvando la excepción del Partido federal.

Con el clivismo de que dió pruebas todo su vida, don Francisco Pi y Margall tuvo el valor de justificar la intervención de los Estados Unidos, agregando: «Diréis que esto es una vergüenza. Mayor es la que nos aguarda. En todas las colonias que acaban de adquirir harán ahora los yanquis en años lo que nosotros no hemos sabido hacer en siglos. Esta, ésta será nuestra mayor vergüenza.»

«¡Si el pueblo español hubiera sabido recoger la lección!

Andrés SABORIT

Ginebra, julio de 1908.

Administración

Recordamos a nuestras Secciones, Corresponsales y Suscriptores que todos los pagos que tengan que realizar al Partido o a EL SOCIALISTA deben ser hechos a la Tesorería y Administración, cuya dirección y número de cuenta postal figura en la cabecera del periódico.

Únicamente cuanto corresponda a la Editorial Socialista que no forma parte de la contabilidad del Partido o del periódico, deberá ser dirigido a Toulouse y al compañero Barreiro preclaramente. Opciones, ventas del periódico, suscripciones, fotografías, folletos, insignias, Fondo de España, donativos a periódico o Partido deben ser dirigidos directamente a Tesorería, facilitando así la buena marcha de la contabilidad y procurand economía de tiempo. Los giros realizados a la cuenta de cheques postales son además, más económicos para los imponentes.

Las opiniones emitidas en los artículos firmados son de la exclusiva responsabilidad de los firmantes

Ante el próximo Congreso del Partido Laborista británico

Para el Congreso anual que el Partido Laborista británico va a celebrar en octubre en la ciudad de Scarborough, hay nada menos que 428 mociones y proposiciones presentadas por las Secciones. De ellas, 142 se refieren a problemas terminológicos. Muchas Secciones piden que Gran Bretaña renuncie a la fabricación de bombas de hidrógeno. Varias se manifiestan contra la instalación de bases de lanzamiento de cohetes bélicos norteamericanos desde tierra británica. Dos proposiciones solicitan la cooperación internacional para resolver los problemas del Oriente Medio. En una se pide la abolición de la Cámara de los Lores. En alguna que otra se critican los programas de la instrucción escolar. Numerosas son las que atacan la política económica del actual Gobierno conservador. Hay también varias favorables a una extensión de las exportaciones hacia los países comunistas. No existe, por el contrario, ninguna proposición solicitando la nacionalización de otras industrias.

Se ha publicado días pasados el nuevo programa del Partido Laborista relativo a la expansión económica de Gran Bretaña, programa que sería aplicado si los laboristas llegaran de nuevo a hacerse cargo del Poder. Se prevé en ese plan la puesta en marcha de organizaciones parecidas a las del Plan de Colombo, que es un ejemplo para la evolución de los países subdesarrollados sobre la base de la cooperación. Ideas análogas serán aplicadas en África

ca y en las Antillas con la colaboración de India, Pakistán, Canadá y Estados Unidos. El programa sugiere además una coordinación económica entre los miembros del Commonwealth y los países subdesarrollados. Los laboristas invitan a las grandes empresas del país a elaborar planes de inversiones a largo plazo. El papel principal en las inversiones sería jugado por docenas de empresas fundamentales.

En una conferencia de prensa, Harold Wilson, ex ministro laborista de Comercio, ha subrayado la necesidad de crear un ministerio de Inversiones, a fin de colocar éstas bajo un control permanente. Este ministerio indicaría al Gobierno los sectores donde las inversiones deberían ser hechas y aquellos en que las inversiones tendrían que ser frenadas.

Añade el programa laborista que si el Partido toma el Poder, los permisos de construir, tendientes a un control de los grandes proyectos, serán reintroducidos. Esto significaría un control de las inversiones de la industria y no un control detallado de todas las construcciones. Sería también un arma para dirigir las inversiones hacia los sectores donde ellas se imponen por razones sociales y económicas, y para combatir el paro local. No serían ya tolerados los monopolios de algunas empresas y el Partido Laborista los eliminaría mediante una política de precios restableciendo la competencia o por vía de nacionalizaciones.

Imprenta Especial de EL SOCIALISTA. Gérant: R. DONAS. 30, rue Sa

Lucio Martínez Gil

Recuerdos del tiempo joven

EL DESASTRE COLONIAL

— XXVII —

Por Andrés SABORIT

El 3 de junio de 1895, siendo capitán general de Madrid don Fernando Primo de Rivera, primer marqués de Estella, tío del que más tarde habría de ser dictador de España, fue herido a tiros por el capitán Clavijo. Aunque salvó la vida de aquel atentado, a las cuarenta y ocho horas, en la pradera de San Isidro, de tan tristes recuerdos en casos semejantes, era fusilado el capitán Clavijo. El general Primo de Rivera figuraba en la baraja de espadañes que dominaron la Regencia y el reinado de Alfonso XIII. Por presiones suyas el testimonio del Pablo Iglesias—no pocos casos de brutales atropellos cometidos por la guardia civil quedaron impunes, faltos de energías los gobernantes del régimen para hacer frente a los desplantes del citado general, quien desde su escaño del Senado—lo era con carácter vitalicio por concesión real—se convirtió en dificultad permanente para los Gobiernos liberales. Con motivo de unas elecciones, en Benagabón, provincia de Málaga, donde el caciquismo conservador de Bergamín y el de la familia de Estella, Miguel Primo de Rivera, y socialistas, hubo graves sucesos, para arrancar las actas en blanco, cayendo muertos varios guardias civiles. La autoridad militar fracasó en su intento de descubrir a los autores. En realidad, fué una repetición de Fuentevieja; pero el fuero castrense impuso que hubiera sanciones, y en Cartagena, en 1917, encontramos a dos campesinos de Benagabón—padre e hijo—cumpliendo treinta años de presidio, a pesar de constar la inocencia del hecho por el cual fueron condenados. Cierta que ellos conocían a los autores, pero jamás quisieron delatarlos, temerosos de que si los acusaban habrían de ser fusilados, y esperanzados de que su calvario terminaría alguna vez. ¡Lo que duró aquella campaña en favor de los presos de Benagabón! El temor al general Fernando Primo de Rivera, que durante años fué director general de la guardia civil, impidió el indulto... ¡hasta que—oh, ironías del destino con España—el Gobierno dictatorial del segundo marqués de Estella, Miguel Primo de Rivera, accediendo a peticiones reiteradísimas de nuestras organizaciones, y después de más de quince años de presidio, indultó a aquellos mártires malagueños...

El viejo marqués de Estella ocupó la capitania militar de Filipinas en 1897, precisamente en la misma fecha en que el periódico «Diario de Barcelona», el más conservador de la capital catalana, publicó una crónica desde aquellas islas, a la que pertenecen los siguientes párrafos:

«Una de las causas por que la pacificación no va más de prisa es por la tropa de que se dispone; los voluntarios más o menos forzados de ahí enviados por CONTRATISTAS, no son gente de fiar, pues vienen de cualquier parte y no son los mejores sus antecedentes... El soldado peninsular llegado para sofocar esta rebelión, ni tiene ropa suficiente y padece hambre por causas que conocerá mejor que nadie quien está obligado a darle de comer. El resultado inaudito de todos estos factores es que en estos días se han presentado casos de desertión:

«La fiebre de hacer dinero la padecen desde los más altos a los más bajos, y cada uno en su esfera aporta un contingente poderoso a la causa de la rebelión. Hay estancieros, personas que suponen que nuestros soldados viven mal alimentados a causa de codicias criminales, y que ésta y no otra es la enfermedad de la inmensa mayoría de los que llenan los hospitales.

«En un país en que los hombres de todas las categorías se corrompen de este modo, ¿qué puede esperarse? ¡Qué esperanzas de bienestar pueden concebir los indios cuando ven que con nuestros mismos compatriotas hacemos eso?»

Muchas antes de que se publicaran en los periódicos informaciones como la copiada más arriba, el general Primo de Rivera, en un fondo, tenía el mismo origen: «A Filipinas, especialmente a los puntos más importantes, deben ir empleados conocidos en la península por su honradez y por su instrucción; no personas que no lleven allá quizá más que deseos de IMPROVISAR UNA FORTUNA.» ¡Personas con instrucción, escribió el general Pavia? Pues como anillo al dedo viene a cuento lo que el señor Ciges Aparicio publicó en su libro de historia a que hemos aludido varias veces y que es tan vergonzoso como edificante: «Romero Roldedo nombró segundo administrador de la Aduana de La Habana

cometido por las autoridades españolas contra un profesor suyo. Un Consejo de Guerra lo hubiera fusilado de ser mayor de edad. La condena de muerte se transformó en destierro a España, donde comenzó sus estudios y vivió los años más ardientes de su juventud, al calor de los ideales de la revolución de 1868 y de la proclamación de la República. José Martí en Madrid fué tan exaltado nacionalista como en La Habana. Cuando los partidarios de Pi le proponían la federación para resolver el problema cubano, sin vacilar replicaba; primero, la independencia; después, Cuba, libre, que decidía de su destino.

Hay versos, libros, discursos de José Martí con sentimiento socialista. La biografía del poeta cubano—Lucio también tenía alma de poeta—a que alude en el párrafo copiado de su artículo inserto en «Renovación» seguramente es el libro de mi viejo amigo Francisco Domenech «José Martí y las clases trabajadoras», donde figura lo siguiente, que Pablo Iglesias dijo a Domenech en 1905:

«Los ardientes documentos panfletarios de José Martí, joven delicado que siempre anduvo en las reuniones obreras y republicanas, en las redacciones de los periódicos avanzados, en el Ateneo y en las sesiones de Cortes, produjeron mucho efecto en los medios políticos de España: en (Viene de la tercera pág.)

Francisco Verdagner

Luto

El día 19 de julio falleció en Toulouse, a la edad de 82 años, víctima de un ataque cardíaco, el compañero Francisco Verdagner Antich. Había nacido en Barcelona, donde hizo con brillantez su carrera de médico, marchando después a Balaguer, provincia de Lérida, donde logró gran prestigio profesional y una gran popularidad por su humanismo y su desinterés para con los trabajadores enfermos.

Fué entusiasta defensor de nuestras organizaciones, siendo durante la República alcalde popular muy querido por su actividad y su espíritu de justicia.

En el exilio continuó su conducta de siempre, en el período de Vichy fué encarcelado, llevándosele al Campo de Vernet del Ariège y después al de Noé, siendo liberado a raíz de la derrota de la Alemania nazi.

Nuevamente se incorporó el compañero Verdagner a nuestras organizaciones en Toulouse, donde fué designado médico asesor del Comité Central de Solidaridad Democrática Española, cargo que ha venido desempeñando hasta su muerte. Tanto en esta función como en la de médico del Dispensario en Toulouse de la Cruz Roja Republicana Española, cotinó siendo el compañero Verdagner el hombre bueno, activo e inteligente que procuraba ser útil no sólo a sus compañeros sino a todos los refugiados.

Era también Verdagner un

Nunca segundas partes...

Expo 58

El señor García de Sáez, jefe de Relaciones Exteriores de los Sindicatos verticales, es el nuevo comisario general del pabellón español en la Exposición de Bruselas. El comisario destituido, si no recordamos mal, fué el marqués de Santa Cruz. Ya dijimos en anterior comentario la opinión que nos merecía la primera versión del mentado pabellón. La sustitución dejaba presagiar grandes cambios en la presentación que, de España, se pretendía dar en Bruselas, pues a un nombre de blasón seguía el de un «socialista»; a los años, la juventud con todos los concursos—el de Solís Ruiz no es de despreciar—, las audacias y el atrevimiento propios. ¡Ibamos a ver... lo que íbamos a ver...

Para cubrir el fiasco del pabellón español, desde Madrid, a través de corresponsales extranjeros, se fueron anunciando modificaciones, rectificaciones, aportaciones. En una palabra: una auténtica y verdadera revolución pondría en buen orden y puesto el pabellón español; cosa esta última perfectamente posible y realizable en Bruselas aunque no en Madrid. Los del régimen, aun para hacer revoluciones, no se atreven en España; escogen otras latitudes.

Los ancianos precusores de tan verticales cambios tomaron proporciones asombrosas: las maravillas de orfebrería española se iban a contar por cientos, los productos de artesanía, hierro forjado, bronce

repujados, tejidos y cueros inundarían los vacíos exagonales del exagonal recinto. Y más aún, incluso talleres completos de artesanía pondrían a la vista del público que existían como tales, con sus artesanos y todo, con lo que quedaría plenamente demostrado cómo los países industrializados o mecanizados están muy lejos en el camino del retroceso hacia la Edad Media. Todo ello muy por debajo del auténtico ejemplar del autogiro de Juan de la Cierva que, como es archisabido, ha servido para crear un nuevo aspecto de la aeronáutica; en el extranjero. La «obra» del régimen liberador brilla por su ausencia, salvo alguna que otra fotografía por aquí o por allá que nada dice.

Los dos comisarios generales deben saber que el régimen del Caudillo no goza de simpatías y han andado muy cautamente en orden a la propaganda. De las grandes manifestaciones sólo se muestra una de un Primero de Mayo, ampliación fotográfica de un estado depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «jerarquías» conocen cómo está el pocal. Los soviéticos aún van más lejos y no temen el ridículo, cuando en un muro lateral de la entrada de su pabellón y con letras de relieve, afirman que en Rusia existe la más amplia libertad de opinión, de reunión, de prensa y de desfiles callejeros. En el pabellón español sí está el Caudillo; está en la primera página de un voluminoso libro depositado sobre un espacio central actúan, en movimientos rítmicos, grupos de muchachos. Tal mesura y comedimiento calculados son prueba manifiesta de que las «